

Querido Fernando Aínsa, maestro y amigo

Norah Giraldi Dei Cas

Universidad de Lille

Al escribir esta misiva que me propongo sea la primera de una nueva serie, no puedo sino pensar en tus hijos y tu esposa, Mónica, inteligente y solidaria, atenta a todo lo tuyo, tu cómplice, la persona que supo ser tu sostén cada vez que fue necesario, la cuidadora de tu hogar, la primera lectora de tus textos, la siempre presente, prodigándote afectos y comprensión. Vislumbro que en la soledad de este tristísimo momento, entre sombras, con una fuerza que no se sabe de dónde surge, conversa con tu imagen presente por doquier. Nada ni nadie puede alcanzar a subsanar tu ausencia en ella.

Dejé pasar unos días para escribirte pero no puedo sino comprobar que la primera impresión que tuve cuando supe la noticia subsiste: te fuiste demasiado pronto y nos dejaste solos, sin tus generosos consejos, literal y literariamente huérfanos de tu erudición, de los conocimientos que acopiaste, huérfanos de una crítica enciclopédica a la que pocas personas pueden pretender hoy día y que tú representas y expones con sostenida inteligencia en tus ensayos, imprimiendo así la marca de quien ocupa un lugar único y mayor entre los especialistas de la literatura y de la historia cultural de América Latina. Todos lo reconocemos; hace poco me mandaste el artículo de José Manuel Camacho Delgado,¹ con su respuesta a la pregunta que le había hecho la revista digital *Aurora Boreal*, sobre quién era, según él, el mejor crítico literario vivo. Estas son sus palabras: «Yo destacaría una figura clave, rutilante, un maestro con proyección internacional, una figura modélica, con grandes valores éticos, como es el escritor y ensayista hispano-uruguayo Fernando

1 José Manuel Camacho Delgado, profesor titular de Literatura Hispanoamericana, ocupa la Cátedra Luis Cernuda de la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla. Fernando Aínsa me hizo llegar por correo electrónico, el 17/03/2017, los comentarios del J. M. Camacho Delgado para la revista *Aurora Boreal* así como fragmentos de un artículo suyo que se titula «El vigía infalible: el nuevo ensayismo de Fernando Aínsa».

Aínsa, maestro de maestros. Toda una Luz para tiempos abisales, de oscuridad y “postverdades”».

Coincidimos con este juicio ya que ante tu prolífico y excelso trabajo de crítico no cabe sino reconocer el alto rango que ocupas entre los ensayistas contemporáneos. Experto, a la vez, en la categoría de los generalistas y en la de los especialistas has explorado los grandes períodos de la historia cultural de América y las corrientes de pensamiento con que se ha intentado interpretarla y, paralelamente, has abierto caminos penetrantes sobre sus particularidades al focalizar momentos literarios, autores y obras. Cómo no recordar en estos momentos tus primeros trabajos sobre Juan Carlos Onetti, que fueron pioneros en el estudio de su obra sin par.

Como Don Quijote lo hace con amor y respeto por la cultura que rescata de la Edad Media para leer su presente invirtiendo el sentido de todo aquello que se recibe como norma preconcebida, creencia o ideología dominante (por eso también seguimos leyendo la insuperable novela cervantina, para ayudarnos a desatar los nudos trabados y oscuros de nuestro presente), con tu trabajo te has convertido en Caballero de las Letras Hispanoamericanas por el andar sin pausa y el acierto de remover la historia cultural y literaria del continente. Tu obra escudriña contenidos de los más variados discursos que han contribuido en la construcción del imaginario latinoamericano, de Cristóbal Colón al Inca Garcilaso, de José Martí a José Vasconcelos y Leopoldo Zea, de Juan Carlos Onetti a Alejo Carpentier y Carlos Fuentes, de Horacio Quiroga a Juan Rulfo y Rubén Bareiro Saguier. Y pienso que te gustaría que citara aquí, para saludar la gracia y exactitud de tu verbo y la resistencia con que has actuado frente a ciertas acometidas que tú también recibiste, al gran Rubén Darío en su «Letanías de nuestro señor Don Quijote»:

¡Tú, para quien pocas fueron las victorias
antiguas y para quien clásicas glorias
serían apenas de ley y razón,
soportas elogios, memorias, discursos,
resistes certámenes, tarjetas, concursos,
y, teniendo a Orfeo, tienes a orfeón!

Tu laboratorio está en este *andar* sin pausa con paso certero que significa inmersión total en el conocimiento de los mitos, la historiografía, el pensamiento filosófico de América y, por supuesto tam-

bién, su literatura y otras expresiones artísticas. Esta matriz toma cuerpo en tu trabajo de «editor y alentador de buena lectura» que como dice Edgar Montiel, tu gran amigo y compañero de trabajo en la Unesco, era alentador advertir que tus ideas, tus tesis, tu visión de América circulaban más allá de tus libros: «en mensajes, discursos, e incluso informes oficiales destinados a las Cumbres Iberoamericanas, por supuesto sin que se mencionara su nombre, pues como cuidadoso Letrado sabía que estas elaboraciones pertenecían a la Organización».²

Con estas sólidas bases que has ido atesorando durante más de cinco décadas, has logrado establecer enganches y pasarelas entre autores y obras que traducen tu visión y pensamiento sobre América Latina y que has plasmado en la constelación de estudios que dan a conocer tu valioso aporte sobre la cuestión de la identidad mestiza del continente como resultado del crisol de culturas, de pasajes y de circulación de modelos que la caracterizan. El primero de ellos, *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa* (1986), tiene sus ramificaciones en libros posteriores entre los que cito solo algunos: *Espacios del imaginario latinoamericano: propuestas de geopolítica* (2002), *Pasarelas: letras de dos mundos* (2002), *Espacio literario y fronteras de la identidad* (2005).³ Del mismo modo, has construido una genealogía de la noción de utopía americana, sus orígenes y sus ramificaciones.⁴ En una entrevista que te hace Jorge Bocanera explicas cómo nace ese trabajo:

Como tantas cosas en la vida, el origen está en la literatura. Todo empezó cuando creí descubrir en la ficción y la poesía latinoamericana una intención utópica, idea que fui articulando en artículos publicados en la década de los setenta y que planteé en forma orgánica en *Los buscadores de la utopía* (1977). Allí rastree en cuentos y novelas esa búsqueda raigal en lo más profundo del continente —selva, sa-

2 Montiel, Edgar. «El 1992 de Fernando Aínsa», en Cécile Chantaine-Braillon, Fatiha Idmhand, Norah Giraldi Dei Cas (eds.). *El escritor y el intelectual entre dos mundos: lugares y figuras del desplazamiento*. Madrid: Iberoamericana / Ver-vuert, 2010, p. 844.

3 La referencia a la prolífica obra de Fernando Aínsa fue cuidadosamente preparada por Rosa Ana Medina. Cf. Medina, Rosa Ana. «Bibliografía de Fernando Aínsa», en Cécile Chantaine-Braillon, Fatiha Idmhand, Norah Giraldi Dei Cas (eds.). *El escritor y el intelectual entre dos mundos*, op. cit., pp. 893-911.

4 Cf. Bocanera, Jorge. «Fernando Aínsa, rastreador de utopías», entrevista realizada en agosto de 2015, disponible en: <<http://www.telam.com.ar>>.

bana, llanos, pampa y montañas— o en los reflejos que se reenvían América y Europa a través de la ficción *diaspórica*, transnacional, cuando no cosmopolita de muchas de sus mejores páginas, búsqueda dual que amplié y reelaboré en *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa* (1986) y cuyas expresiones paradigmáticas eran *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier, para lo raigal, y *Rayuela* de Julio Cortázar para el juego de espejos entre América y Europa.⁵

Con admiración y entusiasmo que heredas de filósofos como Ernst Bloch llevas a cabo la necesaria revisión de conceptos y formulaciones y reivindicas, por medio del análisis de los grandes pensadores americanos sobre la utopía, la necesidad de representarla como una realidad subyacente que promete un futuro mejor para América. Una necesidad que parece desvanecerse en el pensamiento de nuestro tiempo ya que, como tú lo comentas en tus ensayos, muchas realidades dolorosas de América y del mundo han traicionado la idea y han modificado los imaginarios que la vehiculizan a través de los siglos:

El «soñar despierto», según la definición de Ernst Bloch en *El principio Esperanza*, que caracterizó buena parte de la historia del pensamiento utópico del siglo xx, se ha transformado en un inventario de decepciones, cuando no de pesadillas y toda intención utópica reenvía a la triste realidad de utopías realizadas o de utopías negativas del tipo de *Nosotros* de Yevgueni Zamiatin, *Un mundo feliz* de Aldous Huxley o *1984* de George Orwell. Lo que ha permitido que se confunda sin mayor rigor el fin del «gran relato de la historia» con el «fin de las utopías», tras un siglo en que proliferaron ambos por doquier.⁶

Quedamos huérfanos digo, pues, otra vez, de contactos y de tu generosidad para entablarlos. Todos aquellos que, a través de ti se han ido hilando entre investigadores, académicos y artistas de diferentes continentes preocupados por el saber y por el deseo de profundizar conocimientos sobre la cultura y, en particular, la literatura de América Latina y los puentes que se tienden entre esa cultura y la de otros continentes, en particular Europa.

5 Se trata de la versión completa de la entrevista de Jorge Boccanera a Fernando Aínsa, realizada en 2015. Cf. «Imaginación y utopía: una relación sin deterioro», Agencia TELAM, Argentina. Disponible en la sección entrevistas de <<http://fernandoainsa.com>>.

6 *Ibidem*.

Huérfanos, porque en todo momento al exponer tu análisis y estudios de crítica literaria en conferencias, congresos, y obra publicada, la claridad del verbo es una de tus armas que, junto al conocimiento enciclopédico y a la vez profundo de la materia que tratas, nos deja pasmados y nos hace reaccionar diciéndonos: tenemos que seguir adelante. Tu obra es y seguirá siendo un estímulo para seguir profundizando en el saber.

Y en lo más hondo, quedamos huérfanos en amistad, esa que tú sabías mantener como la llama que agita el espíritu y nos mantiene alerta.

Por todas esas ausencias que pesan, dejé pasar unos días para poder escribirte esta misiva de una nueva serie que reemplaza la de las cartas y correos electrónicos que intercambiamos todos estos años, sobre todo desde que dejaste París para instalarte en la tierra paterna, sin dejar de navegar de Zaragoza a Oliete, entre natura y literatura, y también por el mundo, a París, a México, a Montevideo... Y siempre navegando con tu universo de las letras a cuestas para presentarlo en seminarios, conferencias, congresos.

Zaragoza/Oliete no fue otro exilio sino un volver a renacer, fecundo para tu pluma ya que despertó en tu voz sonoridades y temáticas inesperadas que se plasman en tu poesía. Me conmoví hoy, al consultar el sitio internet que construiste con tus trabajos y otros trabajos de crítica sobre tu obra. Allí me encontré con el trabajo que hice sobre tu admirable poema «Poder del buitre sobre sus lentas alas». Lo presentas en la sección que dedicas a tu poesía y lo publicaste con una foto estupenda en la que se nos ve en el CRLA-Archivos (Centre de recherches sur l'Amérique latine-Archivos) de la Universidad de Poitiers, en la sesión de trabajo que organizó Fatiha Idmhand en octubre de 2017. Ese momento fue importante ya que fuimos testigos del trabajo que están realizando desde hace dos años, Fatiha y el equipo de investigadores que trabaja con ella y que consiste en dar a conocer los archivos que donaste a esta universidad, por medio de un trabajo de clasificación de los materiales y su digitalización, lo que permite una mayor difusión. También fuimos testigos de los estudios y trabajos de investigación sobre tu archivo que ya están dando sus frutos. Nos despedimos ese día diciéndonos hasta pronto; lamenté no haber podido ir a la ceremonia que tuvo lugar en la Universidad de Poitiers, para entregarte el título de doctor *honoris causa*, así que no hubo ese otro encuentro que esperábamos.

Comprendo —por haber sufrido este íntimo e inexplicable dolor de la separación con respecto a los seres más queridos de mi familia, aquellos que me estructuraron como persona— que todo es cuestión de distancia, de perspectiva, de lente con el que las presencias se mantienen aunque vayan cambiando de forma. Algo así sucede en el exilio; tú lo analizaste muchas veces y lo expones en tus textos de poesía y narrativa que dedicaste al exilio y a la «extranjería». Los cambios que se producen en esos procesos de alejamiento son insondables, invisibles *à l'œil nu* (expresión que utilizo en francés porque, a mi manera de ver, «visible a primera vista», como se le traduce frecuentemente en español, no dice lo mismo). Esa extranjería, por haberla vivido, supone, como tú lo analizas, algo que es inexplicable, como el estar ahí y allá al mismo tiempo, algo que permanece inacabado e incompleto, algo de lo que hay que ocuparse seriamente para que no fragilice la persona ya que, al mismo tiempo, nos aleja y nos acerca de lo que dejamos atrás y puede convertirse en algo negativo o en algo positivo: ya sea como freno, ya sea como propulsión hacia una nueva vida que comienza. Y tú lograste ese difícil equilibrio trabajando tenazmente como responsable de ediciones de la Unesco, como escritor y poeta, como ensayista y periodista. Y por haber logrado ese equilibrio, supiste recibir y brindar afectos. Por eso, más allá de la soledad y el silencio que nos acompaña desde que te fuiste más lejos, el 6 de junio pasado, hoy necesito establecer esta nueva conversación contigo para seguir adelante, trabajando.

Y para terminar esta primera conversación, abriré un abanico de recuerdos con el inigualable *je me souviens* de Georges Pérec que me permita transformar el pasado en eterno presente de lo que queda escrito.

Je me souviens de una mañana de sábado otoñal, allá por comienzos de los noventa. Tú venías caminando por el *quai de la Seine*, a la altura de Trocadéro y la Tour Eiffel, con tu hijita Paulina de la mano. Y yo venía bajando con mi madre y mis cuatro hijas por la rampa que lleva hasta el *bateaux mouche*... Nos encontramos y hablamos de Uruguay, de su nuevo destino encaminado hacia una nueva democracia y también de una conferencia que darías en el CRICCAL (Centre de Recherche Interuniversitaire sur les Champs Culturels en Amérique Latine), invitado por Claude Fell.

Je me souviens que nos habíamos conocido en el CELCIRP (Centro de Estudios sobre las Literaturas y Civilizaciones del Río de la Plata) fundado por Paul Verdevoye, y luego nos vimos regularmente desde fines de los ochenta en los seminarios del CRICCAL fundado por Claud Fell en la Universidad de la Sorbonne Nouvelle, y que contó con la participación activa de otros catedráticos franceses como Eve-Marie Fell, François Delprat, Amadeo López, Christian Guidicelli, Osvaldo Obregón. Asistían regularmente a esos seminarios decenas de investigadores franceses y latinoamericanos y tus intervenciones marcaron esa época de cambios metodológicos y de innovaciones con respecto al planteo, la formulación y el análisis de problemáticas que conciernen las culturas de América Latina. Y en esas reuniones periódicas de los sábados de mañana frente a un grupo consolidado por los que estaban en tesis, los ya doctorados, los académicos y otros especialistas, tú diste una serie de conferencias que fueron contribuciones mayores, hoy publicadas en la revista *América* y de las que Osvaldo Obregón da cuenta del interés y la importancia de las mismas en el libro que se publicó con las contribuciones de los participantes al homenaje que te rendimos en la Universidad de Lille, en 2009.⁷

Je me souviens que, gracias a tu intervención, conseguimos organizar en la Unesco el coloquio internacional para celebrar los cincuenta años de la publicación de *Nadie encendía las lámparas* (1947) de Felisberto Hernández. En las carpetas que conservo con los intercambios que tuve con los especialistas que participaron en este importante encuentro, consta tu participación activa que yo subrayo en los correos que envié a las instituciones que auspiciaron este acto académico: la Embajada del Uruguay en París, la Academia Nacional de Letras de Uruguay, la Universidad de Lille y el Centro de Estudios y Civilizaciones del Río de la Plata.⁸

Je me souviens de la organización del homenaje que tuvimos la alegría de poder rendirte en la Universidad de Lille, el 5 y 6 de junio

7 Obregón, Osvaldo. «Contribución de Fernando Aínsa a *América*. *Cahiers du CRICCAL* (1987-2004)», en *El escritor y el intelectual entre dos mundos*, op. cit., pp. 845-866.

8 Cf. Giraldi Dei Cas, Norah (coord.). *Homenaje internacional a Felisberto Hernández*. *Nadie encendía las lámparas, 1947-1997. Nuevas variaciones críticas*. París, Unesco, 4 y 5 de diciembre de 1997, en revista *Río de la Plata*, n.º 19, 1999, p. 319.

de 2009, en el marco del proyecto *Lieux et figures du déplacement* que dirigí en el Laboratorio CECILLE (Centre d'Études en Civilisations, Langues et Littératures Étrangères) y para el cual contamos con los auspicios de la Academia Nacional de Letras de Uruguay, la Academia Venezolana de la Lengua, la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos, el Centre de Recherche Interuniversitaire sur les Champs Culturels en Amérique Latine (CRICCAL-París 3), el Laboratorio d'Études Italiennes, Ibériques et Ibéro-américaines (LEIA de la Universidad de Caen) y el Centre de Recherches sur l'Amérique Latine (CRLA de la Universidad de Poitiers).

Recordamos a menudo con Fatiha Idmhand y Cécile Chantraine-Braillon, investigadoras y colaboradoras infatigables que organizaron conmigo el homenaje, los pormenores de esa actividad que tuvo una magnitud, inesperada para nosotras, y que no hubiera sido posible llevar a cabo sin tu participación casi cotidiana durante más de un año. Fue un homenaje internacional al que respondieron más de doscientas personas,⁹ profesores e investigadores, artistas y responsables de políticas culturales que trabajan en diferentes países de África, Asia, Europa y las Américas, personas que te fueron conociendo a lo largo de los años y para quienes tu verbo ha sido ejemplar y tus conocimientos y consejos siguen guiándolos. Cuando se enteraron del homenaje, quisieron estar presentes; no todas pudieron acercarse a Lille, pero todas respondieron con múltiples mensajes que dan una clara idea de la dimensión que ocupa tu palabra en el seno de la comunidad de actores que trabajan por la difusión y el conocimiento de las culturas de América Latina y, en particular, de su literatura.

En ese homenaje leíste una conferencia que lleva un hermoso título, muy semejante a otros de Roland Barthes: «Fragmentos para una poética de la extranjería». Como en el caso de Barthes, estos fragmentos son un himno, y tu discurso —amoroso e ininterrumpido— se refiere al exilio. En la primera parte sitúas con claridad la cuestión de vivir «con acento extranjero»¹⁰ y entre el *aquí y el allá*, en el contexto de las sociedades actuales. Representas con fuerza poética ese *entre dos* que es también *entredós* (ya

9 «Tabula gratulatoria», en *El escritor y el intelectual entre dos mundos*, op. cit., pp. 913-916.

10 Aínsa, Fernando. *Con acento extranjero*. Estocolmo: Nordam, 1984.

que funciona metafóricamente como el galón o la puntilla que, al mismo tiempo, acerca y aparta los bordes de dos telas diferentes). Y como en la pintura brumosa de Turner, comienzas con un detalle que se va dilatando luego en el devenir del discurso y que hoy resuena en mí con las tonalidades del *ubi sunt* de Manrique. El detalle surge en el viaje en tren que nos trae de Caen a París después de haber participado en el coloquio sobre la *Ciudad latinoamericana en la literatura*, organizado por nuestra amiga, Teresa Orecchia Havas, en la Universidad de Caen:

Hará unos años —para ser precisos en mayo del 2005— volvíamos en tren de Caen a París con Norah Giraldi y otros colegas después de un coloquio sobre la ciudad contemporánea en la literatura latinoamericana. Mientras atravesábamos la grisura casi eterna de Normandía, hablamos de una de las características más originales de la narrativa latinoamericana actual: la pérdida del «mapa» de los referentes identitarios tradicionales (territorio, nación, costumbres), la abolición de fronteras, el surgimiento de una «geografía alternativa de la pertenencia», las «pulsiones de otro lugar» que asaltan al escritor, la importancia del viaje en la nueva ficción, la trasgresión, la mezcla de códigos y la exaltación del descentramiento y la marginalidad, así como las lealtades múltiples que se generan a través de la pluralidad y la interculturalidad en que vivimos; en resumen, el carácter transterritorial de la literatura de este nuevo milenio, lo que supone la ruptura de un modelo de escritor y la recomposición de su papel en la sociedad.

El homenaje de Lille duró tres días y resultó un coloquio de alto nivel que los participantes recuerdan, también, por haber sido un momento de muy amena convivencia. La mayoría de los trabajos están dedicados a tu obra; se destacaron diferentes facetas de tu intensa labor de editor y de tu obra de crítica literaria, de ensayística y de creación literaria. Y vale la pena releer hoy esos trabajos que componen una magna semblanza de tus quehaceres, de tu actuar sin parar en medios diversos para transmitir tu saber y difundir la cultura de América Latina. Otros participantes optaron por evocar otras figuras de autores o problemáticas relacionadas con las que tú trabajas, la historia, las identidades y las fronteras representadas en la literatura, los exilios...

El editor Klaus Vervuert, con quien colaboraste tantas veces a lo largo de los años, adhirió al homenaje y publicó en Iberoamericana el importante volumen que titulamos *Homenaje a Fernando Aínsa. El escritor y el intelectual entre dos mundos: lugares y figuras del desplazamiento*. Para la compilación de los trabajos y el plan que dimos a la publicación contamos también con tu valiosa ayuda.

Je me souviens très bien que, una vez más, durante el año que nos llevó la preparación de ese libro, disfrutamos de tus comentarios y tuvimos la oportunidad de apreciar tu magistral experiencia en el trabajo de edición en el marco de las reuniones que tuvimos en París y por videoconferencia. El volumen, de más de novecientas páginas, reúne setenta y ocho colaboraciones de investigadores y destacados escritores. Para hacer resonar en la estructura del volumen el *entre dos*, una de las problemáticas centrales en este libro dedicado a resaltar lo que implican los desplazamientos, en particular en el caso de un exilio (pérdidas, cambios de identidad, nuevos aprendizajes y nuevas relaciones, experiencia de la frontera, creación y reelaboración de mitos y utopías, desencantos, transgresiones, experiencia de la transculturalidad), decidimos darle la forma de un plan que divide el libro en diez partes. En cada una resuena la voz de los artistas, ya que decidimos, en común acuerdo contigo, que cada parte estaría encabezada por la palabra de un escritor y que otro de ellos la cerraría. Así recogimos los valiosos aportes de los escritores Jorge Arbeleche, Efer Arocha, Washington Benavides, Hugo Burel, Jorge Cortés, Dante Liano, Enrique Fierro, Alfredo Fressia, Rudy Gerdanc, Saúl Ibargoyen Islas, Virgilio López Lemus, Raúl Carlos Maícas, Pablo Montoya, Cristina Peri Rossi, Consuelo Triviño, Luisa Valenzuela, Enrique Vila-Matas e Ida Vitale.

El ensayo que escribiste para el encuentro en Lille debería ser difundido hoy, no solo en la universidad sino también entre los niños de las escuelas de Europa y de América, allí donde se levantan con odio y a golpe de falsedades, fronteras artificiales, murallas y paredones con alambres de púa para perseguir a gente que busca salvarse de la guerra, la miseria y la persecución ideológica. Con finas pinceladas, a la vez eruditas e intimistas, presentas tu recorrido de vida enfocándolo desde la condición de extranjero. Este lente te ha servido a lo largo de los años para analizar diferentes aspectos de la transculturalidad americana en tus ensayos y es, también uno de los filtros para ver más allá y en profundidad, lo esencial que

recoge tu obra literaria, y que muchos de tus títulos evocan: *De aquí y de allá* (1986), *Con acento extranjero* (1984), *El Paraíso de la reina María Luisa* (1997), *Capitulaciones del silencio y otra memorias* (2015). Tus palabras ilustran experiencias disímiles que han ido configurando tu personalidad, desde aquellas, en la infancia, cuando sientes en carne propia lo que sufre un ser marginalizado, hasta la voluntad de no dejarse caer que se descubre leyéndote, y que te lleva a convertir ese lugar de las márgenes en fuerza positiva para llegar a ser el insigne *passeur* de conocimientos al servicio de la difusión del saber que la comunidad de artistas e investigadores a la que perteneces reconoce y saluda. Y si te muestras agradecido con aquel Uruguay que te recibió con tus padres y donde te formaste desde el liceo hasta tus estudios de abogacía, es también ahí que la palabra *exilio* se encarna y la vives con los republicanos españoles amigos de tu padre:

[...] la condición de extranjero de la que quisiera hablar hoy no es una opción personal, sino el resultado de un destino no elegido voluntariamente. Algo de aquello que Albert Camus llamaba: «el destino de los que padecen la historia», personajes que consideraba más interesantes que los presuntos héroes que la hacen y creen protagonizarla. Padedido, aunque no haya sido el mío un destino particularmente excepcional, pese a que desde el día en que nací fui un extranjero en mi propia tierra. Hijo de padre aragonés y madre francesa, al nacer en plena guerra civil española en Palma de Mallorca, fui siempre un «forastero» entre mis compatriotas, calificativo —forastero— que solo oiría luego en las películas del oeste y sus héroes mitificados, imponiéndose con aplomo y pistola en mano en pueblos donde no impera la ley. Forastero sometido a una cerrada insularidad, al franquismo opresor y al catolicismo ultramontano aliados en esa hidra que asfixiaba toda diferencia, crecí en un hogar heterodoxo construido sobre lecturas de libros prohibidos por el régimen y mirillas abiertas al pasado reciente que oficialmente se ocultaba y a las tierras que existían más allá de los Pirineos.

No fue fácil, lo repito, al recordar con mal sabor como en la escuela era el «forasté da merda» a quién mandaban «hacer puñetas», condición que me valió encerronas y agresiones. Mis únicos amigos en aquel universo hostil fueron «peninsulares» de origen como yo: un bilbaíno, vasco por más señas, un castellano y, como no podía ser menos, un chueta, judío mallorquín, también extranjero en su propia tierra. Extranjero en la ciudad en que había nacido, aprendí desde pequeño a mirar el mundo desde los márgenes, esa «mirada

oblicua» y «descolocada» que me apasionaría luego en literatura: de Kafka a Onetti, de Dostoievski a Cortázar, el ángulo del absurdo y la parodia de tantos «raros» uruguayos, ese «extranjero» paradigmático de la obra homónima de Camus.

En plena represión franquista la emigración se impuso y el apacible Uruguay de un diciembre de 1951, esa «Suiza de América» como se lo había engañosamente bautizado, nos acogió en forma tan generosa que me olvidé de inmediato de mi infancia insular mallorquina a la que desterré a los sótanos de la memoria. En Malvín, el que sería mi barrio para siempre, me integré a una «barra» e hice rápidamente amigos de esos que son para toda la vida. Un par de años después, viviría con intensa felicidad el momento en que me entregaron mi credencial de flamante ciudadano uruguayo: ya no era un extranjero y hasta podía votar. ¡Qué más se podía pedir!

Sin embargo, aunque no me sintiera extranjero en Uruguay, la palabra *exilio*, término que había sido erudito hasta que lo popularizó la guerra civil española, fue familiar, por no decir ineludible en el mundo que me rodeaba. Pese a que sentía que no me correspondían las generales de la ley por haberme transformado en uruguayo, los exiliados —y no los exilados, como se diría después— fueron los amigos de mi padre, aquellos que dividían claramente el mundo entre el Bien y el Mal, principios categóricos que habían dado respectivamente republicanos y franquistas, rojos y azules. Vivía en Montevideo en un mundo de refugiados, como se los llamaba también, donde la devoción a la España republicana derrotada era tan grande como el odio a la España franquista imperante. La única España válida y legítima era la «España Peregrina», la del exilio, la de los transterrados —ese feliz neologismo acuñado por José Gaos— la de los empatriados en ese país generoso que nos había acogido sin ambivalencias.

Nadie podía sentirse verdaderamente desterrado o expatriado en el Uruguay de entonces, tantas facilidades tenían los españoles, desde la ciudadanía legal adquirida sin dificultad hasta los derechos cívicos y políticos que permitían ser electores y elegidos en un sistema democrático hasta ese momento indiscutido y único en el continente. De un modo u otro, ese transtierro fue más bien un empatriamiento.

En la distancia, querido Fernando, y siempre con tus libros abiertos para consultarlos en mi mesa de trabajo, me acostumbré a despedidas sin protocolo que pueden resumirse con la imagen de

un «eterno retorno». Por eso, la presencia que has tomado de ahora en adelante no tiene para mí la dimensión ni los límites de una despedida, sino la fuerza de un hasta pronto con el abrazo sentido y de reconocimiento. Porque todo lo que nos dejas es vida y nos llevará a volver a leerte. Será cada vez un nuevo encuentro, el reencuentro con tu legado intelectual, con tu humor y tus cuentos, con tus enseñanzas y tu erudición de humanista.